

RECUPERAR, CON LOS JÓVENES, LOS CAMINOS DE DIOS

En momentos de crisis y cambio epocal como el nuestro, todo cuanto se refiere a Dios se halla especialmente sometido al revuelo provocado por las profundas transformaciones culturales en curso. De ahí la necesidad de recuperar los caminos de Dios en la actual encrucijada de recorridos religiosos: los caminos de quien, por amor, crea creadores autónomos y libres. El autor del presente artículo lanza un desafío a los jóvenes: sólo ellos pueden recrear la fe cristiana en las insólitas coordenadas de la nueva época. La vida creyente necesita una nueva encarnación, si quiere ser fiel al Evangelio y significativa para el ser humano

Recuperar los caminos de Dios (con los jóvenes), Misión Joven n° 264-265 (1999) 5-16

Nos servimos de la figura paradigmática del camino. Figura que nos habla simultáneamente de desinstalación y de búsqueda. El que camina lo hace porque no está satisfecho con el lugar actual y va en busca de un nuevo lugar. Si hay alguna época en la vida que simbolice con especial densidad este dramatismo del camino, seguramente se trata de la juventud: ese "rito de paso" entre la infancia y la edad adulta.

Pero los caminos del hombre tienen su referencia creyente en *los caminos de Dios*. En el doble sentido de caminos que hace el hombre hacia Dios (genitivo objetivo) y los que hace Dios hacia el hombre (genitivo subjetivo). Por un lado, la historia humana es una larga marcha hacia Dios, una larga búsqueda de su rostro. Y por otro lado, Dios mismo se abre camino hacia el corazón humano en la historia.

El desafío consiste en hacer converger de nuevo los dos caminos: por un lado, la humanidad está en pleno éxodo y, por otro, Dios se sigue ofreciendo como compañía y como meta para este éxodo. De ahí la invitación a retraducir o reinterpretar el cristianismo con el fin de recuperar su sentido originario: allí donde el punto de partida y la meta se identifican con los caminos de Dios.

De camino

Recuperemos pues la idea del desafío. La humanidad ha atravesado de pleno el umbral de una nueva época, caracterizada por una configuración nueva de paradigmas en todos los niveles. En este contexto, parece que la posibilidad de ser creyente no ha sido programada. Los jóvenes son quienes mejor sienten "lo viejo" que no les sirve y mejor intuyen por dónde ha de ir "lo nuevo" que necesitan. A ellos les corresponde recrear toda una forma de vivir, con un lenguaje, una sensibilidad y una actitud nuevos, originalmente configurados en el contexto actual, pero partiendo de una experiencia muy antigua. Para tal tarea, posiblemente, hoy por hoy no se puede pedir más que trabajar, o continuar trabajando, en el esquema de una figura sin más contorno que el de una difícil promesa.

No caben recetas ni dictar desde fuera la solución. Ser joven y creyente cristiano hoy no es algo obvio, ni existe la figura ya hecha que una en síntesis real esos vectores. No la tiene nadie: ni los teólogos ni los movimientos ni el Papa. Sólo puede aspirar a ella una

juventud que viva en su carne los problemas del mundo actual en el arte, en la filosofía, en la política, en la ciencia, en el hambre, en la ecología, en la superpoblación, en la confusión postmoderna, en el encuentro de las religiones ...y que desde dentro, buscando, gozando y sufriendo con todos, logre encontrar una configuración de la fe que sea hoy significativa, orientadora y animadora.

La encrucijada de la religión

El imaginario colectivo de los cristianos está repleto de frases, imágenes y conceptos que, si no se reinterpretan debidamente, a ellos mismos les resultan literalmente increíbles. Son demasiadas las supuestas "verdades" de nuestra religión que nos hacen sospechar que la cosa no puede ser así. ¿Qué madre puede creer de verdad que su pequeña criatura "está en pecado" mientras no sea bautizada? ¿En qué cabeza cabe que Dios pudiera exigir la muerte de su Hijo para "compensar" la ofensa recibida por los pecados de la humanidad? ¿Resulta concebible que un Dios que "es amor" castigue con tormentos infinitos y por toda la eternidad faltas cometidas en el tiempo por hombres o mujeres?

1. *Recuperar la humanidad de la religión.* La religión, antes que nada, es una respuesta humana a un problema humano. Es la visión sintética que un determinado grupo de hombres y mujeres tienen acerca de los problemas fundamentales que les presenta la existencia, con las correspondientes pautas de conducta que de esa visión se derivan. Valga esta aclaración para alertar contra la terrible trampa del dualismo religioso, aquél que reserva a Dios la soberanía sobre el ámbito estrictamente sagrado, superpuesto al ámbito profano donde poco o nada tiene que decir. De esta trampa se deriva la concepción de la religión como algo literalmente "celestial", es decir, caído del cielo: superpuesto a la razón en cuanto revelado y añadido a la vida en cuanto sagrado.

De ese dualismo emerge la imagen de un Dios interesado y dominador, celoso de unos intereses propios que debemos satisfacer renunciando a los nuestros. No es extraño que Feuerbach dijese sobre este Dios aquello que siendo tan falso puede parecer tan evidente: "Para enriquecer a Dios debe empobrecerse el hombre, para que Dios sea todo, debe el hombre ser nada".

Por fortuna, frente a ello, podemos afirmar claramente que Dios es amor: un Dios entregado por amor, que no tiene otros intereses que los nuestros; que no sabe comerciar con nosotros, porque ya nos lo ha dado todo; que no niega nuestro ser, porque su presencia consiste justamente en afirmarlo, fundando su fuerza y promoviendo su libertad. San Pablo, como previendo la objeción de Feuerbach, lo había expresado magníficamente, hablando de su manifestación en Jesús de Nazaret: "siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza" (2Co 8,9).

Efectivamente, no hay contestación más rotunda a la caricatura religiosa de un Dios separado y extraño al hombre que la definición más concisa y exacta que recoge el NT sobre la esencia divina: Dios es amor.

2. *El paradigma explicativo moderno.* "Dime cómo es tu Dios y te diré cómo es tu visión del mundo; dime cómo es tu visión del mundo y te diré cómo es tu Dios". Podemos aventurar que actualmente se ha producido un corte que invalida tal

proposición. Algo ha pasado para que entre nuestro Dios y nuestro mundo no haya un paralelo inmediato, sino una distancia, de nuevo, aparentemente insalvable. Esa distancia entre nuestra actualidad y nuestro pasado es el precio que debemos pagar por algo que constituye una de las mayores riquezas del cristianismo: su antigüedad. Esta supone un enorme tesoro de experiencias y de saberes. Pero significa también que nuestra comprensión de la fe nos llega en un molde cultural que pertenece a un pasado el cual, en gran parte, se ha hecho caduco. En efecto, la inmensa mayoría de los conceptos intelectuales, representaciones imaginativas, directrices morales y prácticas rituales del cristianismo se forjaron en los primeros siglos de nuestra era, y, a lo sumo, fueron parcialmente refundidos en la Edad Media.

La emergencia del paradigma moderno ha exigido nada menos que una remodelación total de los medios culturales en los que comprendemos, traducimos, encarnamos y tratamos de realizar la experiencia cristiana. Y en esas parece que andamos, a pesar del gran impulso del concilio Vaticano II, todavía un poco despistados.

Sirva como ejemplo la dificultad que el sustrato religioso colectivo tiene para asimilar una conquista para la fe, tan evidente desde el advenimiento de la ciencia y la emancipación de la razón filosófica, como es el hecho de la autonomía de las realidades creadas. Es decir, que Dios no puede ser considerado ya como una fuerza extramundana o sobrenatural que entra en competencia con tal autonomía. Que Dios esté detrás de los fenómenos naturales, interrumpiéndolos o provocándolos, no puede interpretarse literalmente si no se quiere profanar al mismo Dios. Mientras hablemos de fenómenos acaecidos en el mundo, se ha impuesto la evidencia de que la "hipótesis Dios" (Laplace) es superflua como explicación; más aún, que es ilegítima y que obstinarse en ella acaba fatalmente dañando a la credibilidad de la fe. Algo que era válido para un paradigma eminentemente religioso no lo es para un paradigma científico-técnico.

La conclusión es clara: sólo tomando en serio la legitimidad indiscutible de este paradigma explicativo moderno, teniéndolo en cuenta y repensando desde él nuestra concepción de Dios y de sus relaciones con el mundo, cabe hoy una fe coherente y responsable.

3.Dios consiste en amor. La definición más honda y específica que el cristianismo ha logrado de lo divino está representada en la frase joánica: "Dios es amor" (I Jn 4, 8-16), es decir, Dios consiste en amar. Es una frase nuclear, irradiante. Ella sola será capaz de mantener la esperanza del mundo. Aunque comprenderla del todo sea imposible, sí que podemos desentrañarla para entender un poco mejor los caminos de Dios y los del ser humano: Dios es amor, la realidad es amor; ser hombre o mujer es tratar de vivir en el amor.

Todas las religiones lo han entrevisto de alguna manera. La religión bíblica se orientó, no hacia los rasgos naturalistas, mágicos o animistas de lo sagrado, sino hacia su carácter ético y personal. La experiencia del Éxodo parte ya de un Dios que salva y libera, estableciendo una alianza; es decir, de un Dios que se preocupa por el bien de los hombres y mujeres, los cuales, a su vez, se ven solicitados a observar una conducta recta y honesta. Así, la historia del pueblo de Israel está pautada por *recaídas mágicas* que a su vez son corregidas por la conciencia de ese Dios ético y salvador de la Alianza.

Lo *tremendum* de Dios debe ceder terreno continuamente a lo fascinans: el carácter protector, agraciante y salvador de Dios. Oseas logró expresarlo como un amor tan tierno que no sabe castigar: "¿Cómo podré dejarte, Efraím; entregarte a ti, Israel? (...) Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas" (Os I 1,8). Y lo grande no está sólo en esa proclamación, sino en su fundamentación: "Que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti" (Os 11,9). He aquí la auténtica dirección de la diferencia divina: justo porque es "Dios y no hombre", porque es "el Santo", no aplasta y condena, sino que se compadece y perdona.

Y de ahí la dificultad de nuestra psicología, porque "somos hombres y no Dios", para comprender y creer en ese *Dios chiflado por el hombre* (Schelling). Jesús de Nazaret nos ha posibilitado la superación de un obstáculo que parecía insalvable. Con Jesús culmina, dentro de nuestra tradición bíblica, la captación humana de lo que Dios, desde siempre, quiere ser para nosotros: Abbá o Padre entregado en un amor tan infinito como su mismo ser y que únicamente espera de nosotros que, comprendiéndolo, nos atrevamos a responderle con la máxima confianza de que sea capaz nuestro corazón.

Los caminos de Dios

Vamos a utilizar la idea de la creación como guía que nos ayude a reconocer los "caminos de Dios". Esta idea es especialmente adecuada en el caso de un Dios que está haciendo ser a la criatura y que la está haciendo ser a su misma "imagen y semejanza".

1. *Dios crea por amor*. Dios no ha creado hombres y mujeres religiosos, sino, simple y llanamente, hombres y mujeres humanos. El criterio definitivo es, por tanto, la realización humana. Así de claro lo afirmaba san Ireneo en los comienzos del cristianismo: "La gloria de Dios es que el hombre viva". Con nuestras palabras, podemos afirmar que todo en la vida es divino cuando es verdaderamente humano. Desde la fe en este Dios, resulta absurda una postura negativa ante el mundo o la mínima reticencia ante cualquier progreso humano y, simultáneamente, resulta inaceptable una religión que, mirando al cielo, se hiciera "infiel a la tierra".

Desde Jesús de Nazaret esta afirmación queda radicalizada. La nueva cristología, superando los viejos espiritualismos, afirma cada vez con mayor vigor que Él es el "Hijo de Dios" no a pesar de, sino en su *humanidad*: tanto más divino cuanto más humano. Jesús, con su libertad a toda prueba, apoyada en el amor; con su entrega sin límites, por realizarse desde los más pobres; sin trampa, por tanto al servicio de los demás; por su acogida incondicional a los débiles, por saberse en las manos del Padre.... Por él hemos ido aprendiendo que la presencia de Dios, su gloria y su gozo se realizan con más plenitud allí donde de modo más verdadero y auténtico se realiza nuestra humanidad.

Esta imagen no encaja con la de un Dios omnipotente que puede intervenir a capricho e imponerse a la libertad humana. La omnipotencia de Dios no se puede separar de su amor. Dios tiene todo el poder en tanto que es sólo y nada más que amor. Por amor nos llama a la vida y por amor se nos hace presente como salvación. Un ofrecimiento gratuito, que se brinda a la libertad y que pide ser acogido sin contraprestaciones. Así Jesús es señor en la medida que hace presente a Dios como el que sirve, siempre a favor de sus criaturas y radicalmente a favor de ellas como víctimas. San Juan de la Cruz se

atreví a hablar de que la ternura de Dios es tan grande que se entrega al alma "como si Él fuese su siervo y ella fuese su señor".

2. *Dios crea creadores.* Hemos intentado aclararnos sobre la manera de actuar y de situarse de Dios respecto de su creación; ahora nos detenemos a pensar en qué consiste la respuesta de la criatura. Y este intento nos sitúa, de salida, ante el eterno problema de la immanencia y la trascendencia. La acción de Dios es trascendente, y eso significa que sólo se hace visible y efectiva a través de la acción creada, la cual es immanente y sólo resulta posible apoyada en aquélla. Las realidades del mundo son paralelas entre sí, pero la relación Dios-criatura es perpendicular, en cuanto que desde su radical alteridad creadora Dios la hace ser y la sustenta. La tentación consiste justamente en reducir esa relación única y particular a una cualquiera de las conocidas.

Superar esta tentación no es evidente, ya que, en el fondo, nuestro imaginario sigue estando dominado por la idea de que Dios puede actuar sobre la naturaleza para cambiar su curso, del mismo modo que puede actuar para hacer la paz, acabar con el hambre o unirnos como hermanos. Por eso, cuando la realidad muestra que estas cosas no ocurren, echamos la culpa espontáneamente a un Dios que es incapaz de imponerlas. Tal concepción, en contraste con el nuevo paradigma explicativo del mundo moderno (en el cual los jóvenes están imbuidos), ya sólo puede servir para justificar burdamente el desengaño de Dios y dejarlo de lado como arcaicismo más bien molesto.

Para huir de tal concepción es necesario, en primer lugar, preservar con cuidado la diferencia irreductible de la relación Dios-criatura. Así, respecto de las criaturas Dios no hace algo al lado de ellas, para completarlas, ni en lugar de ellas, para suplirlas. Justamente, porque es creador, la acción de Dios en las criaturas es hacer que ellas hagan, ya que, al crearlas, Dios les da, junto al ser, la capacidad de obrar. Ello nada resta a su obrar de criaturas: este ser y esta capacidad de obrar les son entregadas realmente, de modo que son ellas las que "hacen" sus acciones, las cuales son verdaderamente suyas.

Podemos decir lo mismo invirtiendo la consideración: la acción es de la criatura porque Dios la está haciendo ser y obrar; y, en este sentido, la acción es también "de Dios". He ahí, por qué la acción de Dios se da en el plano trascendental: porque Dios "hace hacer", y "hace" de verdad en el hacer de la criatura. Así se comprende que cuanto más "hace" Dios, tanto más "hacen" las criaturas, y viceversa: cuanto más "hacen" las criaturas, tanto más "hace" Dios.

Para decirlo con palabras más sencillas, la acción de Dios y la de las criaturas no están en competencia, la una contra de la otra, sino que se refuerzan la una a la otra. No debe pensarse, pues, en una rivalidad entre Dios y la criatura, ni siquiera en un reparto de la acción concreta, como si se pudiese decir: esta parte corresponde a Dios y ésta otra al hombre. Por el contrario, debemos decir que todo lo hace Dios y todo lo hace la criatura.

3. *La diferencia está en la libertad.* Frente a la simple naturaleza que nace "hecha" y predeterminada, los humanos somos lo que desde la libertad nos hacemos. Ciertamente, una gran parte del hombre está entregada a la necesidad, igual que sucede con los demás seres; pero la "ley" definitiva de su ser es precisamente la ausencia de ley, la capacidad de construirse a sí mismo escogiendo entre distintas posibilidades. Mientras el astro o el

animal son, en definitiva, una "ecuación resuelta" (Ricoeur), el hombre y la mujer consisten, últimamente, en resolver la propia ecuación de una manera única, irrepetible y personalísima. Nadie, ni siquiera su Creador, se puede poner en su lugar: suplantar la libertad sería anularla.

Dios no actúa, pues, suplantando la libertad humana, sino convocándola; es decir, con la atracción o la sollicitación (A.N. Withehead), no sólo haciendo posible la libertad, sino preservándola y sosteniéndola. Hablando antropológicamente, ello supone un riesgo para Dios: el riesgo de que la criatura se niegue a aceptar su ofrecimiento y le impida realizar su intención. Pero supone también la oportunidad única para la expansión libre de la acción creadora. Por eso el hombre, como por desgracia lo estamos viendo cada día, puede interferir negativamente en la creación, destruyendo la naturaleza y explotando o matando al hermano. Pero también puede prolongarla positivamente, colaborando con Dios en su continuo afán salvador de fomentar el bien y remediar el mal, amando al prójimo, creando cadenas de solidaridad, trabajando por una humanidad más libre, justa y fraternal, así como por una tierra más habitable.

Si bien se piensa, se anuncia aquí uno de los misterios más fascinantes: *la libertad humana* es la puerta de la *intervención divina en el mundo*. Hablando de "jóvenes" y de "caminos de Dios en el mundo" difícilmente cabe enunciar una posibilidad más gloriosa y exaltante, una llamada más fuerte para la generosidad y una ocasión más propicia para una creatividad verdaderamente abierta al futuro.

Condensó: MARC VILARASAU